

El Compromiso compartido

*Alberto García**

Por qué será que a quienes nos dedicamos de una u otra manera a las artes escénicas nos cuesta tanto trabajo sentarnos en la butaca de un teatro recuperando la inocencia del espectador?, ¿por qué será que tenemos esa necesidad de ponernos frente a frente a las obras para juzgarlas?, ¿por qué nos es tan difícil estar del lado del creador?, ¿por qué?, si

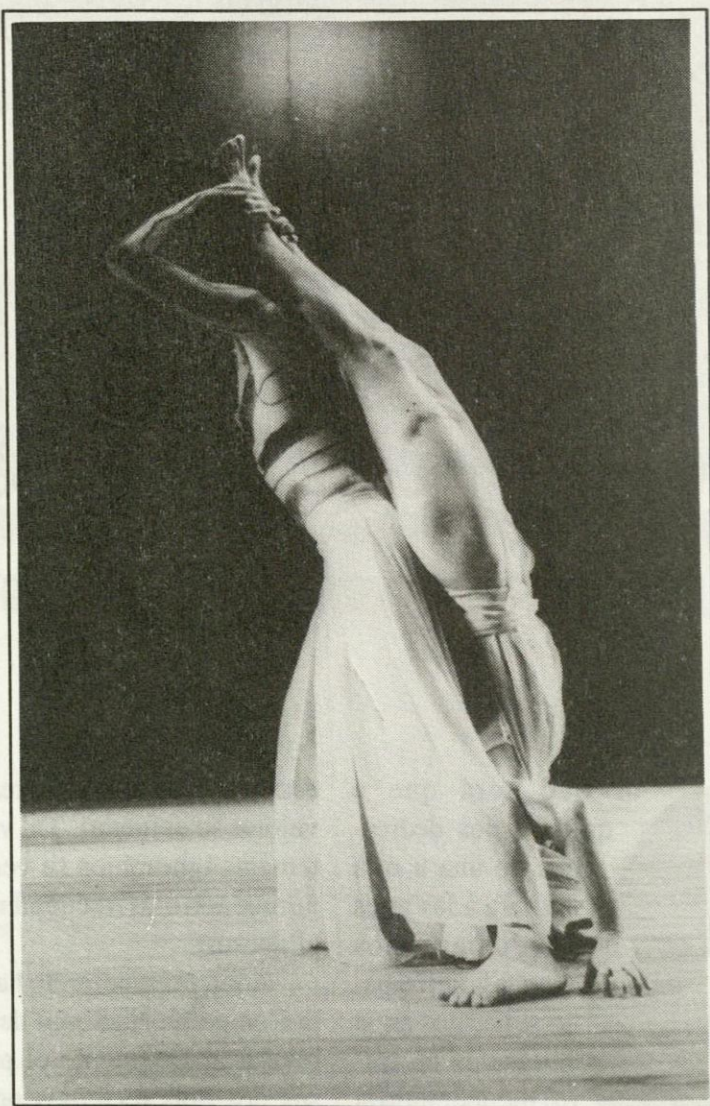
nadie lo entiende mejor que quienes hemos estado en su lugar, si conocemos la importancia del camino que recorrió para llegar al

estreno, lo relativo del resultado y podemos valorar su esfuerzo. Tal vez porque frecuentemente ignoramos su verdadero objetivo, y porque aún más frecuentemente, le ocultamos el nuestro.

Aquí, pretendiendo hacer una excepción, la Compañía Nacional de Danza me plantea revisar abiertamente el proceso creativo de sus dos más recientes producciones auspiciadas por el Teatro Nacional; "Bosque húmedo" y "Corazón" tratando de valorarlas amén de lo que significan para el público y rescatando lo que representan en el haber coreográfico de la institución.

En ambos casos, la propuesta temática, un esquema de la estructura y el procedimiento de trabajo, así como la coordinación, y en todo caso la última responsabilidad, estuvieron a cargo de Marcela Aguilar, directora artística de la Compañía; sin embargo, con un objetivo

* Bailarín, actor y director de escena mexicano, invitado a trabajar en la Compañía Nacional de Danza durante 1995.



muy concreto del que se hablará más adelante, y como respuesta a una búsqueda personal, ella prefirió compartir la autoría coreográfica con los intérpretes y, bajo el ya manoseado término de la "creación colectiva", depositó su confianza en los cuerpos entrenados y en los años de experiencia sobre las tablas, y nos incitó a correr juntos el riesgo del acto creativo, partiendo de experiencias personales como generadoras de partituras de movimiento que

expresaran con honestidad nuestro estado de ánimo, utilizando imágenes mentales para sustentar con verdad cada respuesta del cuerpo; la razón: comprometernos con nosotros mismos para conmover a los demás (último fin de todo arte), bailando con nuestros ángeles y demonios para construir un lenguaje auténtico del que, ordenando, recortando y organizando, se obtuvo un material que Marcela Aguilar en su papel de coordinadora, pudo

revisar, de la mano de los músicos (Fidel Gamboa y Carlos "Pipo" Chávez), buscando dar solución a la estructura prevista en el planteamiento de los proyectos; además de acudir a un vestuarista (Rolando Trejos) y a un iluminador (Jody Steiger) para definir juntos el concepto plástico de las obras en lo concerniente a diseños.

Y así, buscando nuevas opciones metodológicas y cometiendo los errores propios de todo experimento, "Bosque húmedo" y "Corazón" se llevaron a escena e independientemente del resultado que obtuvieron en el juicio de los espectadores (no está de más a manera de propaganda, mencionar que las obras siguen presentándose en el repertorio), cumplieron con ese otro fin que nos interesa aquí analizar y que un poco más ético que estético y propuesto por Marcela Aguilar como opción artística para la Compañía Nacional de Danza, tiene que ver con el camino recorrido a lo largo de la historia de esta institución y con el lugar que actualmente ocupa en el desarrollo cultural del país, si tomamos en cuenta que se trata de una instancia que por sus condiciones especiales como adscrito al Ministerio de Cultura Juventud y Deportes, no pretende ser un proyecto para la realización personal de alguien (común en una disciplina que suele sacrificar el esfuerzo de las "partes" para ensalsar el nombre de quien aparece como autor del "todo"). Ahora bien, si desde este punto de vista revisamos los más de quince años de trabajo en una organización que cuenta en su haber con muchas experiencias particularmente diversas, que van desde varias direcciones con lineamientos artísticos y políticas internas diferentes, hasta un sinnúmero de coreógrafos nacionales y extranjeros con sus propios estilos, pasando por montajes colec-

tivos, participaciones con orquestas, musicales, éxitos taquilleros, fracasos económicos, programas de extensión a comunidades rurales, festivales, giras nacionales e internacionales, premios, y, en último caso, la administración de un teatro; y si reconocemos que hoy por hoy, y a pesar de no contar con una autoridad estable definida, la Compañía Nacional de Danza no solo funciona, sino que crece y recoge, no ya los éxitos (que aunque los haya esto no importa) y sí la satisfacción de trabajar con empeño, si miramos todo esto, tendremos que encontrar un gran valor a la continuidad del elenco estable, con un entrenamiento sólido y capaz de resolver eficazmente y con profesionalismo sobre el escenario y entenderemos que en él se encuentra la única garantía de perdurabilidad artística en una agrupación con condiciones externas tan peculiares y cambiantes.

Cuando Marcela Aguilar pensó en "Creación Colectiva", lo hizo con el objeto, no solo de satisfacer a su actual preocupación de reivindicar la supremacía del ejecutante, sino, más profundamente, con la convicción de que es necesario subrayar el rol actual de los bailarines como sustento del grupo que dirige; porque la Compañía Nacional de Danza no es de Marcela Aguilar sino de quienes trabajan en ella y, nos guste o no, "Bosque húmedo" y "Corazón" son el reflejo de las inquietudes de todos los involucrados en su gestación.

De esta manera puede, a grandes rasgos, explicarse el sentido que ambas obras tienen para la Compañía y el futuro que proponen y, aunque solo son el primer paso y su propuesta es apenas un embrión que requiere de muchas atenciones y cuidados, abren la senda para continuar. Por ahora, queda solamente seguir

investigando en nosotros mismos, pues cuanto más hondo, más lejos llegaremos en esta búsqueda por encontrar un discurso auténtico que

nos permita asumir con madurez, como última etapa de nuestra experiencia, el compromiso compartido de la responsabilidad creativa.

